

Lectio Brevis

Juan Carlos Núñez Bustillos

Martes 23 de agosto de 2011

ITESO

Muy buenos días.

Muchas gracias por su presencia y por la oportunidad para dirigirme a ustedes en esta ceremonia de inauguración del curso 2011 – 2012.

A mis alumnos de periodismo les cuesta creer que cuando yo comencé a trabajar como reportero no teníamos computadoras, ni teléfonos celulares. Ni siquiera había teléfonos de tarjeta. Los que existían eran de monedas y casi nunca funcionaban. El fax era lo más reciente, una maravilla de la tecnología.

Nuestros archivos eran de papel y las bases de datos, apuntes en cuadernos y en la memoria cuyo cultivo era entonces importante. Les estoy hablando de hace 23 años cuando yo era, como muchos de ustedes hoy, un estudiante del ITESO. Cursaba el segundo semestre de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación cuando la universidad me permitió acercarme a este oficio del periodismo que se me volvió pasión.

Mis alumnos se ríen cuando les cuento que para enviar el primer correo electrónico tuvimos que acudir a un ingeniero en sistemas que tecleaba largas series de signos, números y letras. Se sorprenden cuando les cuento que en 1994, cuando estalló la rebelión zapatista, ya teníamos computadoras, pero no podíamos ver en ellas mapas detallados, así que tuvimos que correr al INEGI

para comprar unos planos enormes y así saber dónde quedaban las pequeñas comunidades sobre las que estábamos informando.

El escritor Naief Yehya dice en su libro *El cuerpo transformado*: “El poder de almacenamiento y cálculo de las computadoras cumple con la ley de Moore, la cual predice que la capacidad de los microcircuitos y los semiconductores se duplica cada 18 meses”.¹ Más adelante afirma: “Las computadoras de principio del siglo XXI son cien millones de veces más poderosas que una unidad del mismo precio de hace 50 años. Ray Kurzweil especialista en Ciencias de la Computación e Inteligencia Artificial, afirma: ‘si la industria del automóvil hubiera progresado de esa manera en los últimos cincuenta años, un coche costaría ahora la centésima parte de un centavo de dólar y podría moverse más rápidamente que la velocidad de la luz’”.²

Así de rápido vamos en esta época de transformaciones vertiginosas y me parece que por eso mismo cabe la pregunta sobre qué tipo de educación debe favorecer la universidad. Es una pregunta que además me he estado haciendo recientemente. El mes pasado celebré 20 años de haber egresado como estudiante del ITESO y en estos días se cumplen también 20 años de que impartí mi primera clase aquí. Estos aniversarios me han invitado a preguntarme: ¿Qué aprendí yo en la universidad? ¿Qué de todo eso es lo que más me ha ayudado en mi vida profesional y personal? Como profesor me pregunto: ¿Qué aprendizajes tendría que favorecer en los estudiantes? ¿Cuáles pueden trascender a la cultura de lo desechable que nos habita? Porque así como a ustedes les parece extraño que yo hubiera trabajado con máquinas de escribir,

¹ Naief Yehya, *El cuerpo transformado*, Paidós, Amateurs, México, 2001, p.12

² *Ibid.*, p. 31

la más novedosa de las tecnologías que hoy ustedes pueden aprender seguramente será chatarra muy pronto. ¿Qué tipo de saber no se vuelve obsoleto? ¿Cuál es el que puede acompañarnos a lo largo de la vida?

En otras palabras, qué habría que hacer para que ustedes como futuros profesionales no caduquen tan rápido como sus teléfonos celulares.

No pretendo dar una respuesta acabada a estas preguntas, ni la tengo, solamente quiero compartirles algunas reflexiones a partir de mi propia experiencia como estudiante y profesor del ITESO, y también desde mi experiencia como periodista.

Hace algún tiempo compartía aquí mismo con algunos profesores que cuando yo era alumno “nos quejábamos porque no teníamos suficiente tiempo de práctica en los laboratorios. Nos angustiaba que el tiempo pasaba y solamente teníamos un rato en la semana para practicar en las cabinas de radio de qué forma había que soltar la aguja del tocadiscos sobre el disco de acetato para que no se notara el ruido en la grabación... Las cámaras fotográficas tenían rollo y los estudiantes sufríamos porque era muy poco el tiempo que dedicábamos a practicar cómo enrollar la película en el carrete, a ciegas, en la total oscuridad del laboratorio de foto. “Vamos a salir de la carrera y no sabemos hacer nada, ¿Quién nos va a contratar?”, decíamos. Reclamamos mucho por eso. Afortunadamente nuestras súplicas no fueron escuchadas porque estaríamos ahora más descontinuados que una videocasetera Beta. Y aunque siempre tuvimos prácticas con la tecnología disponible de la época, el énfasis de nuestra formación estaba puesto en otro lado, en la capacidad de analizar, de aprender

continuamente, de entender problemas, de hacer preguntas, de buscar soluciones, de esforzarnos por buscar respuestas adecuadas a cada situación”.³

Se trataba de no limitar nuestra formación profesional al aprendizaje de ciertos conceptos y a la operación de ciertos procesos sino a la posibilidad de aprovechar inteligentemente esos conocimientos y esas técnicas en diversos procesos vinculados a la realidad.

Cuando digo que las tecnologías que ustedes aprenden hoy serán pronto chatarra, no estoy diciendo de ninguna manera que no valga la pena aprenderlas o que haya que despreciarlas, nada más lejos que eso. Hay que aprenderlas, hay que dominarlas, más aún, hay que crearlas. En lo que quiero insistir es en que son un medio, una herramienta que nos ayuda a lograr el propósito de nuestro quehacer, de nuestra profesión, pero no son, en la mayoría de los casos, el fin mismo del ejercicio profesional.

Por eso, una pregunta básica que tendríamos que hacernos es: ¿Cuál es el propósito de mi profesión? En cualquier actividad humana y especialmente en una universidad como esta tendría que ser ineludible preguntarnos: ¿Para qué voy a hacer esto? ¿Por qué voy a hacerlo así? ¿Para quién lo hago?

Porque el conocimiento que se juega en la vida real no es neutral, siempre es para algo, siempre es para alguien. Responde a proyectos humanos que tienen implicaciones para los demás, aquí y ahora. El conocimiento, la universidad, la

³ Núñez Juan Carlos, *Discurso en la ceremonia del Día del Maestro*, inédito, ITESO, 15 de mayo 2007.

educación, las profesiones están insertas en una realidad, inciden en ella y la configuran, aunque muchas veces no nos preguntamos cómo.

En el siglo XVI, Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús a quien está confiada esta universidad, hablaba sobre para qué tendría que estudiar un alumno y decía: “El fin de un escolar (de) estar en el colegio aprendiendo, es que haya ciencia con que pueda servir a nuestro Dios a mayor gloria suya, ayudando al prójimo”.⁴ Ciencia, conocimiento para ayudar a los demás. Es una propuesta muy clara.

Por eso la educación que les propone una universidad jesuita, dice el documento *Universidades para el mundo*, “busca la formación integral de los alumnos; salud, deporte, formación estética y artística, compromiso social, vida espiritual y reflexión interior”,⁵ para el crecimiento personal y para el servicio de los demás.

En ese mismo texto se señalan algunos rasgos de la propuesta educativa de las universidades jesuitas en México:

Énfasis en una formación de la persona y no solamente de la capacitación profesional; una estrecha relación dialógica con la realidad –haciendo que la realidad nacional penetre plenamente en la vida universitaria y que la universidad se inserte plenamente en la realidad nacional; la generación de aportes concretos para el entorno local, regional y nacional a partir de esta relación; la gestión colegiada de la universidad; el impulso a la

⁴ José Ignacio Tellechea Idígoras, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1992, p.184.

⁵ Fernando Fernández Font, et al., *Universidades para el Mundo, las universidades jesuitas de México ante los desafíos del cambio de época*. Sistema Universitario Jesuita, México, 2010, p. 10

formación integral mediante el reforzamiento de actividades curriculares y extracurriculares; la búsqueda de un perfil de estudiante acorde con la misión y la orientación hacia la transformación social; la intención de contribuir a una sociedad más justa y más humana en todas las tareas de docencia, investigación, difusión y vinculación de la universidad.

Estas características - dice el documento - implican una operación institucional que concilie la formación general con la formación profesional, centre su aprendizaje en los sujetos y en sus procesos de construcción de conocimiento y toma de decisiones, y genere espacios de aprendizaje que trasciendan las aulas y vayan hacia la sociedad.⁶

Probablemente les parezca extraño, pero además de los conocimientos propios de mi carrera, una de las cosas más importantes que yo aprendí en esta universidad fue a hacerme preguntas a mí mismo. ¿Por qué voy a hacer este reportaje? ¿Cómo hago para informar sobre una tragedia sin perjudicar más a las víctimas? ¿Debo o no publicar esta fotografía? ¿Por qué? ¿Cómo puedo hacer mejor las cosas? Como profesor ¿qué tendría que hacer para que los estudiantes puedan apropiarse de su proceso de aprendizaje? ¿Cómo podemos favorecer que profesores y alumnos incorporen una reflexión ética en sus clases?

Por supuesto que no se trata solamente de hacer preguntas. La formulación de una pregunta implica la búsqueda creativa y honesta de respuestas. Y ese es otro de mis aprendizajes y de las cosas que hacen tan rica la experiencia universitaria. La universidad resguarda los mejores conocimientos que ha

⁶ *Ibid.*, p. 25.

generado la humanidad a lo largo de su historia y nos acerca a ellos, pero al mismo tiempo nos desafía a superarlos.

A ir más allá, a crear, a experimentar, a buscar nuevas maneras de hacernos cargo de la realidad. De una realidad múltiple y contradictoria que exige de los universitarios respuestas rigurosas desde el conocimiento y el compromiso a los problemas que deshumanizan nuestras comunidades. La violencia, los sistemas económicos que ponen, por encima de todo y de todos, el mayor lucro posible; los modelos de desarrollo que atentan contra la dignidad humana y contra la naturaleza, la cultura de la superficialidad y de la apariencia, son entre muchos otros, desafíos que impelen al trabajo universitario. Como lugar privilegiado para el ejercicio del pensamiento riguroso y crítico, la universidad, esta universidad, está obligada a poner su capacidad generadora de conocimiento en la búsqueda de alternativas viables que junto con el trabajo de muchas otras personas desde muy diversos ámbitos, ayuden a ir construyendo una realidad diferente.

El padre Adolfo Nicolás, Preósito General de la Compañía de Jesús, dice: “En la educación jesuita la profundidad del pensamiento y la imaginación abarcan e integran el rigor intelectual con la reflexión sobre la experiencia de la realidad junto con la imaginación creativa para trabajar en la construcción de un mundo más humano, justo, sustentable y lleno de fe”.⁷

Eso encontré también muchas veces cuando viene al ITESO como reportero para entrevistar a expertos en filosofía, astronomía, matemáticas,

⁷ Adolfo Nicolás S.J., *Delineando el Futuro*, Universidad Iberoamericana Ciudad de México, México, 2010, p. 18.

comunicación, arquitectura, teología o psicología; rigor intelectual y pasión por el mundo y por el saber. “¡Cuánto conocimiento cabe en unos cuantos edificios!”, me decía cuando salía del ITESO rumbo al periódico con mi libreta llena de información.

Gracias a mis profesoras y mis profesores aprendí lo que pude de mi profesión; conceptos, teorías, formas de hacer y de ser. Me enseñaron a plantear problemas, a buscar soluciones, a pensar más y mejor, más ordenadamente. Generosamente me mostraron diversas maneras de ejercer mi profesión. Gracias a ellos pude entenderla, quererla y respetarla. Me contagiaron su pasión por lo que hacen. Me invitaron a conocer un mundo que yo desconocía y que me resultó maravilloso.

A lo largo de mi paso por esta universidad me fui dando cuenta de que el ITESO no era solamente una “escuelota” sino que era la posibilidad de abrirme a nuevas realidades, a otras formas de pensar y de entender la vida. Descubrí que ser universitario no es una etapa escolar sino una manera de estar en el mundo, siempre aprendiendo, siempre preguntando, siempre buscando.

Creo que esos son los aprendizajes que no se vuelven pieza de museo, como mi vieja máquina de escribir.

Para mí, llegar a la universidad fue como encontrarme un gran cofre en el que hay un mundo infinito de posibilidades y que abre miles de puertas por las que uno puede decidir libremente transitar. Mis profesoras, mis profesores me ayudaron a asomarme a ese baúl donde siempre hay algo más porque cada opción que encuentras multiplica tus posibilidades. Ahí me encontré

conocimientos, libros y autores, viajes, preguntas que nunca me había planteado, respuestas que no imaginaba, telescopios, desafíos, información, películas, proyectos, ideales, balones, equipos, teatro, soluciones...

Formas de hacer y formas de ser. Es un baúl que abrí hace 24 años, cuando cruce por primera vez la puerta del ITESO como estudiante de Comunicación, y en el que cada día sigo encontrando nuevas posibilidades.

Por eso quiero invitarlos a que se den la oportunidad de echarse un chapuzón a ese baúl, de empaparse de universidad, de descubrir las diferentes opciones que hay aquí para aprender y para vivir libremente. Ojalá también que quienes trabajamos aquí podamos mostrarles con nuestro trabajo cotidiano algunos senderos por los que les resulte interesante caminar.

Anímense a asomarse al baúl. Vivan la universidad, no sólo pasen por ella. Verán cómo se enriquece su vida y la de quienes los rodean. Hace unos días el padre Rector decía a los alumnos de nuevo ingreso: “En la educación que el ITESO les ofrece lo que se pretende es que estos cuatro años no les pasen de noche, sino que al final puedan darse y dar cuenta a los demás de lo que les pasó por la mente, el cuerpo y el corazón”.⁸

Yo les puedo decir que por mi mente, por mi cuerpo y por mi corazón pasaron estas cosas que les he contado y muchas otras. Aquí, en esta universidad, aprendí mi profesión y descubrí mi vocación. En un salón del edificio B

⁸ Juan Luis Orozco S.J. Palabras del Rector en la bienvenida a los alumnos de primer ingreso, inédito, ITESO, 12 de agosto de 2011.

encontré mi primer trabajo como reportero. Aquí también he conocido a algunas de las personas que más quiero.

Ahora sigo siendo alumno de mis maestras y de mis maestros. Tengo el privilegio de ser colega de algunos de mis ex alumnos, en la docencia y en el periodismo. Soy también, cuando puedo, compañero de los estudiantes en las clases de inglés y comparto con muchas personas el trabajo cotidiano que busca, como dice la misión del ITESO, “contribuir a la formación de universitarios, hombres y mujeres libres, críticos y responsables, competentes y decididos a poner su ser y su profesión al servicio de los demás”⁹.

Muchas gracias.

⁹ ITESO, Misión, Orientaciones Fundamentales, ITESO, Guadalajara, 2001, p. 5.